

En torno al ensayismo

El concepto de ensayo es uno de los que viene necesitado de más urgente revisión en nuestro tiempo. La estructura literaria que exhibe y su indocumentación lo ha desplazado de su centro, quedando encuadrado como género literario e invalidado como método de conocimiento serio.

Tan corta estimativa es revisable, si salimos del ensayo como realidad formalizada y buscamos su justificación en el haz de interrelaciones que mantiene con la estructura, de la que es expresión.

El análisis de los elementos de esta sustantivación y de las relaciones internas es siempre insuficiente, porque nada se justifica a sí mismo; todo es función de un campo que se conexas y su coherencia es la que valida o invalida; en cuanto función que cumple su valor efectivo: su propósito. El intento que conlleva el ensayo literario es logro en cuanto satisface una pretensión nueva. En esta novedad se centra el vértice del ángulo de medición.

Dice el doctor Tierno Galván que mentalidad "es el conjunto de supuestos racionales, ideas, creencias y prejuicios, que determinan la apreciación y medición del mundo". (1). Pues bien, esa mentalidad ha de ser la toma de razón de una situación en la que el hombre se encuentra estructurado. Toma su posición racional de una trama de elementos abiertos y cerrados, que se comunican, constituyendo un sistema que funciona entre límites y posibilidades que son de la estructura. Razón funcional que apunta al poder ser la posibilidad más efectiva, justa y exacta.

No vamos, pues, a enfrentar posturas sistemáticas y cerradas, sino a cuestionarnos la realidad de esa situación en busca de las nuevas aperturas y cierres que configuran la pretensión del hombre moderno y su actitud frente a ella.

(1) E. Tierno Galván: «Notas sobre el barroco». Publicaciones de la Universidad de Murcia 1954 págs. 20.

Si definimos una situación como "el complejo de relaciones establecidas entre un sector definido del horizonte funcional, de posibilidades del ser humano, y un cierto sujeto, respecto del cual este horizonte es situacional" (2), podemos lanzar una panorámica sobre la estructura de la nueva situación, en la que el hombre de hoy se halla situado.

La técnica, como instrumento mediador entre el hombre y la naturaleza, ha logrado en pocos años hacer saltar la estructura del perimundo natural. El contacto directo inmediato y presionante de la naturaleza, como contorno, pasa de dominadora a dominada. La naturaleza ha dejado de ser agresiva, para convertirse en una fuente de producción que, transformada, puebla el mundo de naturaleza segunda. El hombre ya no se estructura entre la naturaleza primitiva, sino en la causada por el hombre mismo. Estamos a gran distancia de aquélla, rodeados de un mundo más propio, más humano, en cuanto que la referencia de los elementos que nos contornan viene dada por la causación. El propósito, significado y referencia del conjunto de cosas, o mejor artículos, que pueblan la existencia del hombre en sociedad, está profundamente definido, de forma que constituyen toda una estructura funcional. Cada elemento tiene sentido.

El fenómeno es importante. El hombre, hasta época muy reciente, no había superado la naturaleza; la comprensión racional del cosmos no la modificaba; tampoco la comprensión religiosa. El conocimiento especulativo de aquélla y del puesto del hombre en ella, la convertía en un elemento más condicionador que condicionado y en el fondo estaba inmerso en ella misma. El orden preestablecido deja a la naturaleza intocable, henchida de divinidad, de misterio y oscura claridad, pero sin superar el anclaje existencial con ella.

Fué la técnica la que dió el paso superador del estado de naturaleza: tímidamente, desde los instrumentos más simples, hasta nuestros días, de modo valiente y decidido, en los que la técnica, en combinación con la ciencia, ha logrado superar la situación natural. El conocimiento científico de sus leyes le permite al hombre controlarla, pudiendo manejarla con precisión. La domina y la obliga a funcionar para sí, ya poniendo las condiciones para que produzca determinados efectos, ya impidiendo que produzca otros.

Se puede decir que la naturaleza formaliza hoy el máximo de las posibilidades que nos conviene: además, con un margen de previsión bastante elevado. La técnica, como mediadora entre el hombre y la naturaleza, lleva aquél a la categoría de dueño de las situaciones naturales, modificando el plano situacional. En una situación típicamente natural, las relaciones que configuran el campo están regidas fundamentalmente por las leyes de la naturaleza misma. El hombre, en estas situaciones, es abarcado y minimizado, regresando a un plano de res-

(2) E. Tierno Galván: «Sociología y situación».

puestas primitivas, elementales. Es cogido por la situación; pierde razón para ganar en instinto.

El intento de racionalizar estas situaciones, en el fondo, no había logrado más que rehuirlas. La penetración en las situaciones naturales, ha sido siempre tabú. En este sentido es mucho lo que debemos al explorador, al aventurero; una aventura es una inmersión en una situación en la que lo importante es el riesgo, por carecer de los elementos de conocimiento para su dominación. Hoy se introduce en estas situaciones una carga de conocimientos técnicos e instrumentos tan específicos para cada una de ellas, que supera y distancia la carga irracional, consiguiendo una confianza y un porcentaje de seguridad extraordinaria. El paso del mar con un transatlántico no plantea hoy "una situación de embarque", no es una aventura. El hombre, que no había resuelto el problema de la naturaleza con la simple categoría de "ser social", lo ha resuelto con la de "ser técnico".

Pero no se trata sólo de un encauzamiento, detención, aceleración, desviación, acomodación o modificación de sus fenómenos, se trata de la producción de una serie de artículos ajenos a la naturaleza misma y que hoy llenan la estructura de la vida, configurando una situación extraordinariamente nueva. La técnica ha recubierto al hombre de un techo técnico tan denso, que el horizonte natural se oculta bajo su espeso andamiaje.

Esta situación determina un tipo humano que mide al mundo desde su nueva mentalidad tecnológica. Un nuevo repertorio de esquemas supuestos, y valores, aparece. No es de extrañar que ciertas categorías y estimativas mentales, pierdan vigencia mientras nacen otras. Esta fe y confianza en la ciencia y en la técnica, como medio de dominación, obliga a modificar las perspectivas de nuestra época.

¿Ante una inundación o una epidemia, cuál es hoy la actitud? —dominarla y prevenirla de un modo técnico—. Es curioso que en las situaciones naturales hayan perdido vigencia las medidas religiosas y aun las sociales y políticas. Un labrador hoy contempla el campo como ordenado por una técnica aseguradora. Habla poco de vientos y nubes y mucho de pantanos, aprovechamiento del subsuelo y lluvia artificial. A cada paso se pone en entredicho el estado de progreso de una sociedad.

Desde los últimos veinticinco años el conocimiento se ha ido especializando, dividiendo y organizando en dependencias, en función de un objeto propio. Organización que no ha sido meramente mental, sino social, que es más importante. La sociedad entera ha sido tecnificada, de modo que cada hombre se halla incorporado a una función técnica. Nuestro hacer se encuadra a un hacer funcional a su organismo. Cada cuadro funcional enmarca un conocimiento circular, una razón en ejercicio efectivo, vinculado a un objeto, método y fin inmanente a la función misma como propósito, pero cohesionado al equilibrio total.

La sociedad tiene fe en el técnico y en el especialista. Y aunque desconoce el proceso científico de la prueba se justifica

al experimentar los efectos. La técnica ofrece "a prueba" todo su repertorio de productos con referencia concreta: el manejo es simple y el efecto, directo e inmediato. El desconocimiento de su complicada composición no es importante, si acaso nos descubre un nuevo mito. El producto es un valor en sí, en una realidad con entidad propia. Todo está vinculado a un funcionar: no cabe quedarse al margen. La medida es: "funciona" o "no funciona".

Esta valoración es nueva en el horizonte humano. La sociedad, al dar paso franco a la ciencia y a la técnica, abre las puertas a la revolución más formidable de toda historia. El salto de la sociedad comunal a la tecnificada es un salto en el vacío. Las grandes monarquías no acabaron de romper los reinos basamentados en estructuras naturales y hubo que regresar a los límites geográficos más logrados por naturaleza y tradición. Comunidades, reinos, monarquías o imperios, y por fin estados. La configuración de los estados es el derrumbe de la razón especulativa, o si se quiere, el triunfo de la naturaleza, como estabilizadora de cohesiones humanas frente a la asociación racional, montada sobre principios absolutos. La formalización de los estados cuadruló el campo situacional y los límites de la existencia internacional, convirtiendo la cuestión social en cuestión interna. No es de extrañar que la quietud y la falta de desplazamiento horizontal condujese al descubrimiento de estructuras verticales y al planteamiento del problema social. Cuestión que no ha perdido matización política o religiosa hasta época reciente, en que la sociedad intenta convertirse en un cuerpo orgánico, administrado según conocimientos científicos que apuntan al descubrimiento y realización de las posibilidades más adecuadas, sin apriorismos ni supuestos sustancialistas. El hombre pierde pretensiones abstractas, horizontales, propias de una sustancia nada definida y gana en encarnadura real con su estructura social, concretando su puesto y su pretensión, configurando los niveles vitales más posibles a cada contextura. Por otra parte, los valores humanos más comunes o permanentes seguirán estando presentes y haciendo presión.

La ciencia va conociendo los límites de la existencia humana más generales y ensanchando su campo. La existencia social es un límite más que las ciencias sociales van perfilando y concretando según cuadros heterogéneos, pero conexiones con equilibrios más amplios. La libertad es la posibilidad afectiva de elegir entre un repertorio de posibilidades y cada sujeto en particular no participa del horizonte total de la humanidad, sino de las del campo al que pertenece y conoce, mas la posibilidad de descubrir otras a través de un conocimiento más profundo. Esta es la cuestión y la nueva pretensión de esta sociedad reestructurada. La técnica, como fenómeno reciente, renueva la vieja estructura y hay que determinar los límites y las posibilidades de la nueva. Para ello es fundamental hacerse cuestión de la situación en que nos encontramos.

La técnica marca a la naturaleza una pauta humana, pero

también a la naturaleza humana le impone sus condiciones. La humanización de aquella no ha traído la humanización de ésta, sino su deshumanización, al perderse las estimativas y valores de una situación histórica dada y quedarse en esta mutación vacíos de categorías vigentes. Es necesario reemprender la búsqueda de un neo-humanismo, que humanice el propósito de la técnica, que ha de ser el nuestro, y las pautas de este nuevo sistema de asociación funcional.

Ante esta panorámica que nos descubre una sociedad enmarcada en niveles, cuadros, grupos y profesiones que se estructuran por concurrencias funcionales, nace la pregunta ¿podrá el intelectual encontrar la medida justa que nos dé los supuestos básicos de esta existencia?

"Correo Literario", en 1951, en una encuesta, hacía la siguiente pregunta: "¿Qué debe entenderse por intelectual?" La pregunta era pertinente, porque este concepto ha perdido vigencia, como la han perdido los vocablos sabio y teólogo. Los términos que precisan la situación del momento son los de especialista, técnico y profesional. El término filósofo, tremendamente resistente, ha perdido precisión al desmembrarse en disciplinas con objeto propio, aunque últimamente el existencialismo lo haya reivindicado, aunque trivializándolo de tal modo que pierde distancia y autoridad.

¿Qué debe entenderse por intelectual? Las respuestas de la encuesta conducían a la dada por Laín: "El intelectual es el hombre cuya vocación consiste en expresar la verdad". ¿Cuál verdad?, nos preguntamos.

Aranguren respondía: "Son hombres cuya profesión consiste en decir, de uno u otro modo, teológico, filosófico, científico, poético, literario, lo que es el ser, lo que es el mundo, lo que es el hombre, lo que las cosas son". La respuesta es descriptiva; verdades concretamente filosóficas, teológicas, científicas, etc. Aranguren se acerca a la cuestión de hecho: al panorama mental de nuestra época. La profesión configura verdades. En el fondo el intelectual ha perdido su sitio totalizador al especializarse en campos heterogéneos.

Parece ser que cada época comporta una pregunta, o mejor, una cuestión, si no esencial, por lo menos radical y absorbente. El intelectual se enfrenta con ella con toda franqueza, poniendo en juego todo su bagaje racional. En la Edad Media la cuestión era religiosa y el intelectual de su tiempo, con todos los instrumentos y medios a su alcance, desde la lógica aristotélica a las ideas platónicas, le dió respuesta y medida. Respuesta que conllevaba todo un sistema vital en función de la trascendencia.

La sociedad busca siempre al intelectual. Ese hombre u hombres que se hagan cargo, se cuestionen el repertorio de interrogantes, exigencias y problemas, que acucian a la existencia para conocer cada uno de los elementos fundamentales

de la situación real, que rodea como un campo de fuerzas extrañas, que hay que mentar y ordenar; ha sido el filósofo, el teólogo o el político, según la cuestión que estructura la situación histórica. Cada una de ellas arrastra unos puntos fundamentales que circulan, se generalizan y presentan a cada paso. La mínima preocupación, reflexión, duda, o la mínima decisión a tomar, radicaliza la base. El asunto está en el ambiente como un clima. Surge de cualquier nivel o cuadro, dentro de los logrados equilibrios sociales, como un suceso o accidente, como una novedad que se agiganta irracional, pero que pide juicio y que hay que enjuiciar; se desarrolla suelto, repitiendo frecuencias, ampliando su campo, comunicándose con los elementos de su estructura.

El intelectual es el que ha de cuestionarse la raíz del problema o de los problemas y normalmente viene, llegando tarde, cuando ya sólo cabe historiografía, o cuando el hecho, ya maduro, no tiene encauce y sólo cabe una solución: la revolución. Al intelectual le ha faltado el conocimiento predictivo. El puro intelectual está cerca de los hechos, toma razón de ellos y predice por inducción con un buen margen de seguridad. El falso intelectual es el de inteligencia cerrada, sin proyección. Es juicioso porque baraja juicios, o mejor, pre-juicios.

La sociedad ha venido desviviéndose por la conservación, buscando tradiciones, hurgando en la historia para encontrar y justificar derechos adquiridos; toda una organización típicamente defensiva, basada en un principio de conservación, que esquematiza la vida entera. Formas de convivencia, urbanidad, cortesía, moral, religión, política; todo un sistema institucionalizado, que acaba en formalismo, esclavo de mantener argumentos con tal peso de autoridad, o si se quiere de hábito, que hace en conciencia, inmoral e irrespetuosa, la pretensión de someter algo de ello a duda o revisión: universidades, círculos, seminarios, congregaciones, centros culturales, academias, ateneos, museos, bibliotecas, toda una organización en busca de una seguridad tranquilizadora y dogmática.

Tan solos las ciencias de la naturaleza y la técnica, han encontrado últimamente la puerta abierta, con las reservas que siempre le impone ciertos finalismos externos.

La sociedad, por principio, es siempre reacia al ensayo, a la innovación, al intento y defiende desde sus instituciones los principios, categorías y estimativas al uso.

No se equivoca en mucho Znaniecki, al vincular el conocimiento nuevo, el descubrimiento, a la oposición. Es como una salida del esquema, como una exploración más allá del campo normal, es escape aventurado fuera del lugar común, es el abandono de la línea para lanzarse al quiebro. Sería necesario analizar la deuda que la sociedad, la cultura y la civilización, tienen contraída con el desheredado, el discrepante, el heterodoxo o el expatriado.

El conocimiento pretende avanzar en línea recta. Encontradas las premisas que arranquen el sentido, progresa normal-

mente, alargando o ampliando la frecuencia del módulo, que constituye un sistema dado. Pero las posibilidades de flexión se van limitando; la modulación se repite, agotando su riqueza, cerrando el avance. Entonces se hace necesario el salto a otro módulo. Encontrar una nueva unidad de medida, otro ritmo que ensanche el horizonte. La cultura así, viene obligada a avanzar por saltos que son salidas y roturas de sistema. De hecho aparece siempre un conocimiento marginal, que permite un contraste dialéctico, que perfila una progresión evolutiva y renovadora.

De ahí el enorme cúmulo de interpretaciones dialécticas de la Historia, como progresión lineal. Es curioso que la interpretación dialéctica haya encontrado una unidad microscópica en las "generaciones", que constituyen las menores unidades que de treinta en treinta años imprimen el proceso a la Historia. Ultimamente comienza a apuntarse un nuevo eslabón, "las promociones", más en concordancia con los nuevos esquemas funcionales y profesionales con que se estructura la sociedad.

Las generaciones someten a revisión las categorías que han de regir su vida. Una generación no se configura como una oposición, sino con una posición. Normalmente aquella está determinada por una situación, en la que se configura el clima dado por una estructura, de la que forman parte integrante una serie de principios y supuestos presionantes, sujetos a revisión por falta de vigencia efectiva. Su imperatividad, junto a las nuevas expectativas y pretensiones, determinan la situación. La flexibilidad y la posibilidad de despliegue de las nuevas posiciones, angula la categoría de oposición o no. Las situaciones conllevan un repertorio de posibilidades, que exige apertura. De su cierre depende el paso del estado negativo al positivo, de la destrucción a la construcción. Toda posibilidad avanza entre límites y resistencias, buscando vías de acceso. La falta de diálogo reduce la posición a un monólogo resentido; la posición se convierte en oposición y ésta en revolución, por falta de evolución. Si las situaciones se cierran por coberturas resistentes, sin ósmosis ni relaciones, la situación tiende a estallar su estructura por desarrollo interno, o lo que es peor, conduce al quietismo, esclavitud, retraso o felicidad ignorante.

El problema es grave, pues la sociedad, al acumular y absorber el saber, absolutiza, tiende a institucionalizar. Dogmatiza los conocimientos, haciendo profesión de fe; se hace confesional del saber.

Por estas causas el intelectual de hoy se encuentra en un trance francamente apurado: ante la total inadecuación entre pensamiento y vida. El esfuerzo por encontrar la base de comunicación encuentra múltiples dificultades. La estructura social, sin embargo, se perfila más y más por cuadros profundamente unidos, pero aislados. La participación en un campo tiende al grupo y agrupa, con lo que los campos se adhieren y solidarizan. Es como un enorme terror a la soledad, al extra-

ñamiento. Hay que encontrar un sitio social, desde donde organizarse y configurar el límite de su libertad. Es como un afán de legitimar la posición desde el grupo, la defensa solidarizada. En el fondo está la legitimidad de la función, que es lo único que está justificado en la sociedad de hoy. La función se defiende y justifica a sí misma y a sus miembros, como necesidad social funcional a toda la estructura.

Los estados apoyan los agrupamientos encuadrados: "congresos", "semanas", "asambleas", "conversaciones", con pretensiones directoras. Pero es revelador que en el fondo estas congregaciones acaben desviándose de la dirección del sentido impuesto. La finalidad interna termina imponiéndose o por lo menos comunicándose, participándose lo más común a ellos.

La especialización es un signo científico y técnico, que estructura los conocimientos y la vida en sociedad, cuadrículando el pensamiento y el vivir mismo. Es difícil descubrir en este mapa ideas comprensivas y totalizadoras, como no sea la misma base científica y técnica, que lo está sustentando todo. No cabe duda de la necesidad de una nueva medida del mundo, que abarque las nuevas dimensiones que constituyen el horizonte antropológico. Su medida tiene que partir del hombre mismo, valorador de un mundo real que le rodea, que le gusta o disgusta, pero desde el que pretende y se proyecta.

Las ciencias y las especializaciones son parciales, no abarcan la plenitud de la situación, enfocan un aspecto o faceta y el hombre es un ser situado, que recibe el impacto y la presión de una estructura más compleja. Los conocimientos organizados por división de trabajo, objeto y método, limitan al pensador no a un horizonte, sino a un frente o sector. Por eso la especialización no responde por la situación, sino sólo por la función concreta. Una función es un nervio completo de una estructura, pero no independiente, sino interdependiente, con una trama que se equilibra en torno a un foco donde se radica el centro más sensible. Ese centro es el hombre coexistiendo, columna vertebral de toda la situación, en donde cada estímulo, límite o posibilidad, van configurando el tipo humano que somos. Tipo humano regado por un haz de funciones que estructuran una situación histórica y un proyecto humano.

Por eso hay que insistir sobre el concepto de intelectual, porque este es el hombre centrado, porque es el sujeto abierto al horizonte real de vivencias y pretensiones de una época y desde el que se hace lógica y ordenada la propia pretensión.

Su labor está limitada, por una parte, por la especialización; por otra, "el sistema". Un sistema es un conjunto de verdades últimas y absolutas, que dan razón y hacen comprensible el mundo y la vida. No dudamos que el hombre ha encontrado en su desarrollo histórico sistemas mentales adecuados a la situación del momento; pero lo que es también evidente, es que hoy la presencia de estos sistemas no resuelven la nuestra. Están presentes, pero no miden ni estiman el repertorio que nos rodea. Especialización por una parte y últimas es-

tribaciones de una serie de sistemás más o menos filosóficos, frente a una estructura física que pide ser cuestionada; esta es la situación del momento.

¿Es de extrañar que en estas circunstancias el intelectual se defina por un claro matiz ensayístico? ¿No es lógico que ante el derrumbe de ciertos supuestos se persigan otros y que todo ello implique un estado de búsqueda?

Los juicios, las ideas y en general todo el juego del pensar, encuentra una forma literaria, sea oral o escrita; desde el poema presocrático hasta la novela, o desde el sermón a la clase, pasando por el mitin y la conferencia. La sociedad ha encontrado siempre el modo de decir su pensar; el modo de comunicar. Unido a la forma, de modo inseparable, está el pensamiento, y detrás, toda una actitud humana. La forma en que se transvasa el pensamiento del intelectual de hoy, es el ensayo literario, y tras él está presente una actitud ensayística, que viene obligado por la situación que hemos descrito.

Ensayar es buscar, es ir tras el ademán más justo, es pretender cazar lo que se considera más adecuado: es intentar. Cuando frente al ensayador está un valor o una forma lograda, la pretensión tiene meta y fin. Ensayar es entonces aprender a ser lo que ya es. En cierta manera, es imitar. La enseñanza ha estado montada sobre la imitación. Los maestros se empeñan en enseñar a los discípulos a ser discípulos. Un maestro hoy ya no lo es por dar a conocer un pensamiento petrificado, acabado, sino por abrir un horizonte de posibilidades e interrogantes.

Cuando en una sociedad están logradas las encarnaduras en arquetipos socialmente sustantivos, el ensayar es un ejercicio pedagógico. Pero cuando la actitud del ensayador o intendador se hace encarnadura en sí misma, es que nos encontramos en una situación de crisis.

Toda situación nueva comporta un tantear buscando los contornos de la experiencia que se recibe. Fallan los conocimientos, la razón está desarmada para racionalizar el encuentro. En la inmersión, el cálculo de probabilidades está sin nivelar por falta de frecuencias. Es la pura experimentación. Es entrar en situación para que la situación dé su juego. No hay fórmulas expuestas o caminos hechos; todo está por hacer, por formular. No cabe más que la reflexión, el tomar conciencia, sopesando todas las fuerzas que concurren.

La situación de hoy es de crisis; no por ser tópico deja de ser cierto, y a este estado de crisis responde el ensayismo. Como hemos visto, es evidente la novedad de la estructura base o vital, sobre la que descansa la existencia humana, y por otra parte, la presencia en la estructura mental de una serie de supuestos inoperantes e inefectivos.

Este estado de crisis plena perfila un nuevo tipo humano,

que ensaya su actitud y que se configura en el propio ensayar. El ensayo literario es la lograda formalización de la actitud del intelectual de nuestros días.

Uno de los matices propios del ensayo literario es la subversión. En cierta manera es revolucionario, ya que es forzosa la ruptura del techo mental que prejuzga. Es necesario dejar en suspenso o someter a revisión lo que no responde a la categoría de vigencia efectiva. El principio básico es el replanteamiento. Un volver a plantear el cuestionario oficial, que se exhibe incompleto y nada resuelve desde la nueva perspectiva. El replanteamiento busca la nueva planta, hasta remover el pasado, reinterpretando y reestrenando.

Esta actitud es propia de la crisis donde se fraguan utopías. Toda crisis abarca dos sentidos históricos: una ucronía del pasado y otra del futuro sobre un malestar presente. El ensayo literario comporta esta reinterpretación del pasado matizado por la inseguridad de su presente.

Dentro de las crisis actual, el ensayista ocupa el centro de la situación y pulsa la crisis misma en toda su plenitud. Es, en fin, el centro más sensible: una actitud tensa de permanente observación, un obligado estado de abierto, recibiendo el impacto del contorno. Es el puro experimentar, actitud que choca con la que corresponde, con los sistemas especulativos cerrados. La presencia de las estribaciones sistemáticas y su propia textura como conjunto de verdades últimas, que hacen comprensible el mundo y la pretensión de haber encontrado la sustancia permanente o las esencias se hacen incompatible con la enorme mutación o salto que se ha dado en las estructuras y sus medidas.

El ensayo no persigue hasta las últimas causas para probar y justificar su perspectiva. Se limita a cuestionar observando. Es una fe primitiva en el fenómeno, en lo que se presenta. Se ha roto el tópico de la lejanía o necesidad de la distancia para enjuiciar un acontecimiento. Cada acontecimiento es un valor en sí, que hay que analizar en su presencia. Lo que nos sucede a cada uno es parte integrante del suceso. El ensayo viene rehuyendo trabajosamente la búsqueda de la esencia frente al sistema. No es un intento de penetrar en la profundidad de las cosas mismas para fijar el ser que permanece por debajo oculto. Es, repetimos, la pura observación como expresión acabada, cuajada literariamente. Anárquico y rompedor, se ha enfrentado con una situación nueva, sin bagaje, sin pesado equipaje, con los puros sentidos, dispuesto a hacer recepción de los estímulos, límites y posibilidades de la vida humana, desde el nivel racional en que se encuentra y desde la pretensión y proyecto, que es el mismo. Es la confrontación de la estructura y el proyectarse del hombre mismo, como centro vital y racional.

El hombre no es un logro natural que se defina por naturaleza. Si acaso, un equilibrio biotípico, que formaliza una tipología somática, desde la cual se abren y se cierran posibilidades humanas. El hombre no es ese ser animal que desarrolla

un proyecto definido en su naturaleza biológica, sino un ser racional que recibe y se incorpora a un nivel de razón que está en torno como en medio, como una circunstancia, como una mentalidad, a la que ha llegado el hombre a través de un proceso histórico. Si la biología se centra fundamentalmente sobre la herencia y su adaptación al medio, la antropología social se ha de centrar sobre los caracteres adquiridos. La razón humana es un cúmulo de adquisiciones, de conocimientos aprendidos. Cuando el hombre supera la etapa de aprendizaje de conocimientos y de ejercicio de la razón, paralelo al aprendizaje biológico, se sustantiva, toma vuelo y se proyecta, poniendo en funcionamiento una razón que se concreta de un modo funcional y con propósitos claramente definidos, que somete a revisión todo lo aprendido, tendiendo a una valoración positiva y efectiva. Cuando la estructura material sobre la que se montaba el pensamiento falla, salta o es renovada, la revisión es profunda, los supuestos o principios mentales se suspenden y la razón queda en puro ejercicio frente al medio, frente a los elementos que constituyen la existencia. Entonces hay que volver a la observación, al intento de sacarle a la realidad la adecuación más justa. Hay que buscar otra vez el sentido, el propósito, el significado de un mundo, que es realizando determinados actos.

Al intelectual de hoy le ha fallado la mentalidad, que como techo le cobijaba y mensuraba, y se lanza al encuentro de la estructura, para descubrir y conocer sus límites y sus posibilidades. De ahí que el ensayo sea una búsqueda y que sólo en la búsqueda se dé el encuentro. Todo el que busca encuentra y encontrar es conocer, un conocer por presentación.

Es verdad que el ensayo exhibe una enorme inseguridad en la decisión resolutoria, en la norma definitiva de conducta, ¿pero es esa su pretensión?, ¿o es tan sólo la de sugerir? Las situaciones no están resueltas de un modo habitual, ni aun de modo técnico. Es necesario preocuparse para situarse de modo reflexivo. El hombre se hace así consciente de cada paso. Con ello se rehuyen las situaciones falsas y se penetra auténticamente y de modo comprometido en ellas. Aconsejar no es ya aplicar normas de un deber ser, sino ayudar a analizar la situación objetiva, para que se elija entre las posibilidades que ostentan un aceptable grado de probabilidades y que mejor cumplen el propósito del hombre, que se proyecta de modo auténtico y libre, según su estructura. El ensayo muestra así el recodo de la decisión, con los posibles efectos que se derivan, pero no toma la decisión; si acaso, sugiere salidas. Desde la observación apunta interrogantes. Ese sugerir pone en movimiento la persecución de una serie de fenómenos, relaciones y referencias, que hay que completar para cerrar el campo del fenómeno concreto.

Creemos que el ensayo, hoy, se encuentra en una situación difícil, ante dos vertientes: la literaria, cargada de lirismo, y la científica. Desde su actitud crítica con que dió los primeros pasos avanza con pretensiones predictivas, normadoras, sin la

suficiente información, y por otra parte, en la línea literaria se inclina hacia una filosofía, creyendo haber descubierto las bases de un sistema filosófico.

En las épocas de crisis el ensayo literario siempre aparece. La falla de los elementos mensuradores de la realidad que conceptúan y enjuician de un modo objetivo, obliga a la analogía, simil o paralelo. Es necesario aproximarse otra vez lentamente, configurando, rodeando las cosas, yendo en torno. Es necesario el uso de la metáfora. El conocimiento no es directo. Las palabras no señalan claramente los objetos. Las premisas son inseguras. El razonamiento no avanza de un modo lineal, sino ondulante o espiral, dejando un margen de desviación que no cierra con precisión la definición. Es un claro-oscuro que ilumina y deja sombras. Después nos habituamos a sus modismos y a sus relaciones, y lo que fué metáfora se convierte en expresión precisa y concreta. Es seguro que el mismo Aristóteles se asombraría ante la precisión conceptual que el filósofo de hoy día a la palabra potencia. Es curioso observar, dentro del horizonte ensayístico de España, la precisión con que se usan ciertas palabras del repertorio de Ortega y aun del existencialismo.

Buscando la expresión que se ajusta a la nueva situación, se readapta y descubre un nuevo repertorio de vocablos, con los que se significan elementos de la estructura antes no conocidos, ensanchando las posibilidades intelectuales para cuestionar el enorme programa que se presenta ante nosotros. Palabras traídas de distintas disciplinas expresan ahora significados filosóficos, religiosos, morales o políticos, claramente concretos.

Desde la valiente incursión renovadora ha cambiado la perspectiva intelectual, cuestionándose un mundo nuevo, lleno de sugerencias que rebotan y repercuten en todas las esferas, desde el arte hasta la filosofía.

El ensayo, como intento, es ya un logro. Los temas se configuran y se van perfilando y contornando las cuestiones fundamentales, que se incorporan a un análisis más científico. Como sugeridor, es un logro que logra la sugerencia pretendida: apuntar reflexionando, ocupándose en lo que le preocupa más profundamente y despertando preocupación, pero convirtiéndola en un ejercicio razonado, que lo lleva a conocer más de cerca el anclaje en la situación. Su misión es descubrir problemas y aun plantearlos desde todos los ángulos y perspectivas, pero no solucionar. El ensayo es la antena donde se hace eco el problema de la existencia en el mundo, con el mundo, las cosas, los otros y las ideas. Pura problemática, que tiene que ser sistematizada, clasificada y generalizada por la ciencia y resuelta bajo un método puramente científico, que nos dé un conocimiento, todo lo cierto que puede ser el conocimiento predictivo y nos permita dominar la situación histórica en que está estructurado el hombre de hoy.

El ensayo literario cumple su propósito como presentador de cuestiones, como sugeridor de problemas que pasan a las

ciencias especializadas. No está dotado para seguir los fenómenos en todo su proceso, no posee instrumentos, técnica, ni base científica para generalizar ni inducir leyes que puedan predecir el futuro comportamiento, que pide y exige predicción. No va más allá del planteamiento. Es la ciencia, la que, en sus círculos específicos y con sus métodos, ha de encontrar el límite de frecuencia más nivelado y deducir el supuesto más aceptable.

La sociología, por ejemplo, es una ciencia a la que van a parar más de un 80 por 100 del repertorio de problemas del ensayo literario. Pero la sociología no es ya un ensayo, es un método que se va perfilando. Este 80 por 100 evidencia, digámoslo de pasada, que la placa base del horizonte intelectual y aun el no intelectual de nuestro tiempo, es el dominio de la situación social. Dominio que sólo una ciencia específicamente sociológica, puede darnos.

Al ensayo le basta con permanecer en su logro, sin caer en el sistema filosófico ni en la especialización científica, pues sólo así cumple su misión sugeridora. Sus sugerencias se resuelven y aprisionan fuera de él, según métodos más concretos.

No hay que olvidar que en el fondo de la sociedad de hoy hay una infraestructura técnica y científica, a la que nos vamos habituando y que en la pretensión última ponemos un signo científico.

La técnica es un instrumento. Su uso depende del propósito del hombre y su propósito ha de descubrirse en la profundidad de cada problema, de cada cuestión, que hace al hombre responsable y consciente de lo que elige y de lo que rechaza. Cada decisión tiene que ser plenamente vocacional y posible. La vocación está dentro de cada uno y es una llamada de toda la estructura a que pertenece, según su situación. Las posibilidades, clasificadas por grados de probabilidad, nos las tiene que dar las ciencias, el medio nos lo dará la técnica, con todos sus instrumentos.

El ensayo cumple su misión con preocupar y hacernos conscientes de nuestra situación.

VICENTE CERVERA TOMAS